

Sacerdotes en Dachau: la fuerza de la debilidad

Este año recordamos los sesenta años de la liberación del campo de concentración de Dachau, cerca de Munich (29 de abril de 1945).

¿Quién podía imaginar que el apacible pueblo de Dachau iba a estar asociado al horror y al espanto en el ominoso período del 1933 al 1945?

Dejemos el trabajo a los historiadores e investigadores acerca del origen del campo, su funcionamiento y las lúgubres estadísticas de destrucción y muerte.

Si hoy se quiere hacer memoria de este acontecimiento es precisamente por un hecho muy poco conocido o al menos no tan difundido. Y es que en la estadística de este campo debemos contar con la presencia de 2720 eclesiásticos, de ellos 2571 católicos. Allí murieron 1034, pero la mayor ofrenda fue la de los sacerdotes polacos: 868.

La muerte se presentaba de diferentes formas: agotamiento físico, hambre, malos tratos y torturas hasta llegar a provocar la muerte, experimentos pseudo-médicos (flemones provocados, malaria), tifus, disentería y también la cámara de gas. A este último método se lo denominaba “transporte de inválidos”, eufemismo típico del cinismo nazi. A la cámara de gas en Hartheim, cerca de Linz (Austria) fueron llevados 304 miembros del clero polaco, seis checos, cinco alemanes, tres luxemburgueses, tres holandeses y dos belgas.

Cabe destacar que muchos murieron por el simple hecho de ser sacerdotes como se diría en los procesos de beatificación de los mártires del nazismo: “in odium fidei” Por lo tanto la iglesia ya ha proclamado a algunos mártires y otros se hallan en proceso.

Queremos entonces dejar constancia de esta nueva actas de mártires no ya en las arenas del circo romano, sino en el Gólgota del siglo XX que fueron los campos de concentración, en particular Dachau, sin olvidarnos del santo que nos legó Auschwitz: San Maximiliano Kolbe. Fue precisamente el Padre Maximiliano María que inauguró la página de este nuevo martirologio que contiene los nombres de los santos mártires del difícil siglo XX, en expresión de nuestro recordado y amado Juan Pablo II.

El propósito de este memento es recordar a todos los que padecieron y murieron por su sacerdocio, pero como dice la inscripción en bronce que está en el muro externo de la capilla de la Agonía de Cristo: “Aquí en Dachau, entre las personas enviadas al suplicio, uno de cada tres era polaco, y entre los sacerdotes polacos prisioneros uno de cada dos sacrificó aquí su vida. Los sacerdotes polacos compañeros de cautiverio honran su santa memoria”.

Efectivamente en el campo había un gran número de sacerdotes diocesanos, procedentes de veintidós diócesis polacas, capellanes militares, sacerdotes y religiosos pertenecientes a diecisiete órdenes religiosas y una multitud de seminaristas provenientes de varios seminarios. Allí sufrieron torturas reservadas únicamente a ellos. Muchos de ellos dejaron este mundo condenados a la cámara de gas por el simple hecho de ser sacerdotes. Muchos por este solo motivo sufrieron innumerables padecimientos de parte de los guardias de turno que descargaban un odio brutal cuando el *Häftling* era un sacerdote.

Todo sacerdote ex prisionero siempre recordará la Semana Santa de 1942: mil cuatrocientos sacerdotes polacos realizan un pavoroso Via Crucis: desde el Lunes Santo al Lunes de Octava de Pascua inclusive tienen lugar todos los días y las 24 horas ejercicios de castigo en medio de la nevada y de la lluvia. Otra vez hay víctimas en las filas de los sacerdotes...

Nadie olvida en la historia del campo el memorable 18 de septiembre de 1941 cuando en su totalidad- había 850 eclesiásticos polacos- nadie se inscribió en la lista de

nacionalidad alemana. Sólo el silencio tenaz fue la única respuesta a las tres convocatorias de los hombres de las SS para inscribirse en la infame lista. Esto significaba para todos un acto de valentía y heroísmo porque esta negativa se tradujo en sufrimientos tanto en el cuerpo como en el alma. Y estos sufrimientos fueron muy numerosos, muy diversos y muy largos, porque duraron meses y años.

Recordándolos una vez más también nosotros queremos honrar la santa memoria de aquellos cuyos nombres están inscritos en el cielo.

Así el Padre Enrique Kaczorowski, de la diócesis de Wloclawek que, antes de subir al camión que lo llevaría a la cámara de gas y aprovechando un descuido de los guardias se despidió con estas palabras: “Diles a todos que no se entristezcan. Nosotros no nos ilusionamos. Sabemos lo que nos espera. El Señor es mi pastor nada me puede faltar. Aceptamos de la mano de Dios todo lo que nos ocurra. Recen por nosotros, para que perseveremos, y también nosotros rezaremos por ustedes- allá” y señaló con la mano el cielo. Tal lo recuerda aún hoy el entonces seminarista Ladislao Sarnik.

El Padre Maximiliano Binkiewicz por reemplazar a sus colegas más ancianos y más débiles llevando los pesados calderos con comida fue golpeado por el guardia dejándolo inconciente. El 23 de junio de 1942 fue la última vez que pudo reemplazar a sus compañeros de desgracia ya que el kapo con dos fuertes golpes de puño en el vientre lo dejó inconciente. Al día siguiente moría en la enfermería del campo.

La pulmonía era como una sentencia de muerte en ese cuerpo devastado por las terribles condiciones del campo. El Padre Juan Nepomuceno Chrzan puede recibir por última vez a Jesús sacramentado, a escondidas, y gracias a los buenos oficios de un sacerdote alemán. Solamente los sacerdotes de esa nacionalidad tenían acceso a la capilla del campo y así pudo llevarle el viático y administrarle la unción. Todavía en los últimos momentos de su agonía logra incorporarse de su cama y dice con voz clara: *¡Viva Cristo Rey!* Luego se desploma y con voz muy débil, como un susurro, dice: *¡Alabado sea Jesucristo!* ¿Se despedía o ya saludaba? Era el 1 de julio de 1942 cuando fue al encuentro de su Señor.

La gestapo presenta al sacerdote dos condiciones para poder obtener la liberación del campo. Su familia en un intento desesperado logra llegar hasta las autoridades del campo. Y aquí está el Padre José Kut delante de quienes tienen el poder de vida o de muerte imponiéndole condiciones inaceptables. En efecto, tiene que renunciar a lo más querido y a lo más sagrado y en último término a lo esencial, a su vocación sacerdotal. La segunda condición también es humillante, debe firmar la lista de nacionalidad alemana.

Regresa a la barraca sin renunciar a su vocación y sin estampar su firma. Extinguiéndose lentamente llegó al final de su vida y murió el 18 de septiembre de 1942.

El 2 de diciembre de 1942 el Padre Mariano Konopinski recibió junto a otros sacerdotes, veinte en total, una inyección de pus en el muslo de la pierna derecha en una cantidad de 3 centímetros cúbicos. Fue operado por primera vez el 12 de diciembre con el objeto de drenar la acumulación de pus en el muslo. El 20 de diciembre le siguió una segunda operación. Así declaró bajo juramento el Padre Enrique Kaliszan: “El Padre Mariano estaba unido a Dios mediante la oración. Diariamente durante los primeros días rezábamos el rosario por diferentes intenciones. Pero después de algunos días se intensificó el dolor y dejó de rezar. En medio de dolores agudísimos su oración se limitaba a piadosos suspiros, ofreciendo los sufrimientos a Dios por la Iglesia y por la Patria”. El 27 de diciembre ambos sacerdotes se despiden con un fuerte apretón de manos y de labios del mártir brota un “Hasta vernos en el cielo”. El 28 de diciembre

perdió el conocimiento, y su muerte sucedió el 1 de enero de 1943 a las cinco de la mañana.

El Padre Francisco Dachtera se está muriendo. Alguien llamado doctor se dedica a experimentar con cobayas humanos. El experimento consiste en inyectar sangre palúdica. Para estos “experimentos” lo llevaron cuatro veces a la estación experimental y lo retuvieron durante varios períodos de distinta duración. La víctima yace moribunda en el hospital del campo. Junto a otro sacerdote que puede ingresar gracias a un sobrino que trabaja allí rezan el rosario y el via crucis. El padre Antonio Majchrzak lo confiesa, le lleva la Eucaristía y le administra los últimos sacramentos. También recibe sus últimas palabras. “Saluda a mi familia. Que no lloren, Dios así lo quiere. Estoy totalmente de acuerdo con su voluntad, aunque mi corazón esté con los míos. ¡Comunícales todo lo que has visto y sabes!”. Muere el 22 de agosto de 1944.

El padre Waclaw Kaminski ya poco puede hacer por su amigo, a pesar de los solícitos cuidados y de los extraordinarios esfuerzos por conseguir los medicamentos. Esta vez el tifus exantemático cobra una nueva víctima. Hoy, jueves 25 de enero de 1945, el padre Antonio Swiadek está conciente y recibe la absolución y el viático de manos de este buen samaritano y compañero de desgracia. Cuando el Padre Kaminski se retira de la enfermería el Padre Antonio pide al enfermero el rosario, que éste guardaba celosamente por temor a un robo. Comenzó a rezar el rosario y después de unos momentos de tenerlo en sus manos murió serenamente.

Cuando el Padre Kaminski regresó después de comer, a las 13.25 ya encontró el cadáver de su amigo envuelto en una sábana. Luego lo dejaron desnudo en el llamado *Totenkamer* donde se encontraban ese día 160 cadáveres.

En todos ellos, hoy beatos, y en esa “nube de testigos” de los campos de concentración se cumple el adagio latino parafraseándolo: *Dulce et decori pro Deo et Patria mori!*

Después de la guerra una periodista americana Dorota Thomson en las entrevistas que realizó a los sobrevivientes hizo esta única pregunta: “En medio de aquel infierno que era la vida en Dachau, tan privada de humanidad, tan brutal y envilecedora, ¿quién conservó más largamente la propia humanidad y salud mental? ¿Quiénes, olvidándose de la propia miseria y humillación, sirvieron a los demás hombres que sufrían aquel sistema diabólico? ¿Quiénes mantuvieron la propia identidad, la propia dignidad y esperanza...cuando los demás desaparecían de este mundo perdiendo la confianza y la vida”. La respuesta fue una sola, siempre la misma: “Los sacerdotes católicos”.

Ellos conocían la razón por la que se encontraban allí. Sabían que quedaría su testimonio, su dedicación su vocación. Sabían que todos esperaban su testimonio: los compañeros de prisión, los brutales perseguidores, Dios mismo. Sabían que su vocación consistía en dar testimonio, el cual, por encima de las circunstancias y el tiempo, dependía exclusivamente de la imitación del único Modelo, de la única Persona, de la única Vocación que es Jesucristo, eterno y sumo Sacerdote, Testigo fiel de Dios.

Gloria Victis!

Número de sacerdotes diocesanos polacos por diócesis que se encontraban en Dachau, entre paréntesis los que murieron

Poznan. 302 (143)
Wloclawek: 223 (148)
Lodz: 164 (112)
Gniezno: 128 (58)
Chelmno: 98 (32)
Katowice: 69 (21)
Czestochowa: 63 (38)
Plock: 61 (27)
Lublin: 43 (18)
Varsovia: 37 (23)
Lomza: 32 (10)
Cracovia: 29 (12)
Podlasie: 28 (12)
Tarnow: 20 (6)
Przemysl: 16 (10)
Kielce: 14 (5)
Sandomierz: 11 (9)
Luck: 9 (5)
Lwów: 7 (4)

Bibliografía

AA. VV., *Męczennicy za wiarę 1939-1945*, Michalineum, Warszawa 1997

Berben Paul, *Histoire du camp de concentration de Dachau (1933-1935)*, Comité International de Dachau, Bruxelles 1976

Franciszek Korszyński, *Jasne Promienie w Dachau*, Pallottinum, Poznań 1957

Kaczmarek T. y Peloso F., *Luci nelle tenebre*, Michalineum, Varsavia 1999

Szoldrski O. W., C.S.S.R., *Martyrologium Cleri Polonici sub occupatione Germanica, 1939 - 1945*. Rome, 1965

Majdanski Kazimierz, *Un obispo en los campos de exterminio. Historia de una fidelidad.*, Rialp S.A., Madrid 1991